
ciudadanía, derechos y Ciencias Sociales

rolando ames

Quiero agradecer, en primer lugar, al decano, Dr. Adolfo Figueroa, y a los miembros del Consejo de Facultad por esta invitación y, además, por su sentido. Sé que este tiene que ver con el trabajo duro pero privilegiado que tuvimos quienes participamos en la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). Se hubiera querido que Salomón Lerner —ahora de viaje— hubiera podido estar aquí hoy y ello hubiese sido muy significativo para la Facultad y para el rector y ex presidente de la Comisión. En cuanto a mí, esta invitación coincide con que acabo de reintegrarme a la Universidad con una dedicación mayor a la de profesor por horas, que mantuve por mucho más de una década. Todo eso le otorga un valor relevante y les agradezco por ello.

Nos tocó una tarea pública de defensa de valores humanos básicos y de esclarecimiento de hechos de violencia cruel, debidos, en muy buena parte, a nuestro modo de ser país, es decir, a procesos nacionales antiguos y profundos. Con el título de esta exposición, se me pide reflexionar brevemente sobre el tema en el marco de la bienvenida a los nuevos estudiantes de la Facultad, que son los destinatarios principales de todo este acto.

Fue en los años noventa, poco tiempo después de que esta llamada *democracia política* había supuestamente «vencido en el mundo», que la noción de ciudadanía fue adquiriendo nombradía pública creciente. Hablo no solo del Perú, sino de Latinoamérica por lo menos. Es que el sujeto declarado de la democracia es el ciudadano (progresivamente, también la ciudadana) y, entonces, gente como nosotros, que apreciaría ser de veras sujeto titular del poder político, pero que éramos y seguimos siendo muy escépticos con respecto a la veracidad de esa condición, fuimos de los que, con estas nociones de ciudadanía y de derechos, hemos querido tomarle la palabra al discurso oficial que proclama la existencia de la democracia.

¹ Conferencia inaugural del año académico 2004 de la Facultad de Ciencias Sociales que se realizó el jueves 18 de marzo. Esta conferencia dio inicio, además, al programa de actividades por el 40 aniversario de dicha Facultad.

Bien por la democracia, siempre que sea cierta o, mejor aun, que se esté trabajando de veras por hacerla y renovarla como tal, es decir, por volverla palpable desde cada experiencia individual. En este último sentido afirmamos ciudadanía, si cabe, más que democracia y, por eso, quisiéramos, probablemente la mayoría de los que estamos aquí, que los ciudadanos peruanos de carne y hueso tuvieran más conciencia de sus derechos en la vida pública, en la ciudad, espacio material y simbólico de la modernidad contemporánea. Por eso se decidió seguramente, y con razón, el título de esta exposición.

Pero, al buscarse a quienes fuimos comisionados de la verdad, se tuvo, sin duda, un segundo objetivo: pedirme, en este caso a mí, decir algo ya no solo sobre la democracia peruana, sino también sobre nuestro propio e ilustrado *escepticismo*, desde la experiencia de haber escuchado de cerca a algunos de quienes conforman esa tercera parte de compatriotas que sufrieron más la violencia, la guerra política. Porque sabemos que entonces ellos afrontaron no solo la negación de la ciudadanía y de sus derechos, sino la de su condición humana misma.

Toda guerra es violencia; en toda guerra, hay crueldad. Esas son verdades casi obvias. Lo que refleja específicamente el espejo social del Perú y de la América andina es algo peor. Aquí la probabilidad de sufrir no solo la crueldad de la guerra, sino, además, la impunidad del asesinato, la desaparición, la tortura y la violación —que fueron mucho más abundantes que las confrontaciones armadas— recae, sobre todo, en el sector campesino de la sierra y del oriente y en los inmigrantes más pobres que, viniendo de allí, ocupan las periferias urbanas. Ellos no son conocidos, no tienen papeles, tampoco tienen padrinos y, en cuanto ciudadanos, mal pueden serlo cuando son tan radicalmente anónimos ante los demás, como acabamos de comprobar.

Sin duda, no todo el Perú es así; no todo el Perú quiere tales discriminaciones. El proceso de integración social tiene avances y los constructores más tenaces e individuales de la democratización son, muchas veces, esos negados compatriotas provenientes del campo. Sin embargo, los peruanos todos somos parte del sistema de relaciones que, pese a sus positivos dinámicos, reproduce aun las discriminaciones y las distribuciones coloniales del poder que hicieron posible el surgimiento de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), así como la forma de respuesta irresponsable del Estado, que la Comisión ha puesto otra vez en evidencia.

Las realidades que tenemos que estudiar, los procesos económicos, culturales y políticos que investigamos en la Facultad y sobre los cuales actuamos, no pueden ni deben ser, sin duda, solo los de las desigualdades y las discriminaciones, la violencia, el terrorismo o la represión indiscriminada. Sin embargo, esas realidades, por su fuerza y amplitud, influyen en todas las otras y tenemos que reconocerlas para entender por qué el Perú es como es. Y también, por tanto, desde dónde progresan o regresamos, regresan o regresamos, los muy distintos sectores sociales que habitamos este territorio.

De alguna manera, creo que, para todos los científicos sociales, el informe y los materiales de la CVR constituyen una base adicional importante para su trabajo profesional. Se ha añadido un eslabón en la cadena

de nuestra búsqueda por conocernos y entendernos. Los eslabones de la cadena del conocimiento son siempre incompletos, abiertos, y sus posibilidades de continuidad se abren en distintas direcciones. Eso depende de las decisiones libres de investigadores y profesionales, pero el progreso objetivo está en que sabemos algo más, en que tenemos acumulado un concentrado de trabajo interdisciplinario. Además, lo principal de este trabajo se realizó sobre el sector de la sociedad peruana que constituye su fuente, su mayoría originaria y una parte de su identidad colectiva, aquella que, con frecuencia, gente como nosotros puede olvidar o incluso tender a negar en la esfera de nuestra identidad personal y subjetiva.

La diversidad —hoy más visible— y la persistencia de brechas e inco-municaciones en el Perú que la experiencia de la CVR ha puesto sobre la mesa puede y debe ser un acicate para trabajar con más ahínco en el campo de la investigación y la formación profesional de jóvenes científicos sociales como los que ahora recibimos. En efecto, ¿cuánto conocemos nuestro país? Hace poco se produjo un intercambio en un medio radial que trascendió bastante. Un estudioso social serio y planificador al mismo tiempo dijo «hay que dejar ya de hacer tantos estudios [...] el país ya está muy estudiado». La idea era que lo que faltaría en el Perú sería, más bien, tomar decisiones y ejecutarlas técnicamente. La frase fue magnificada y sacada de contexto. Porque, en todo caso, se trata de avanzar en seguir distinguiendo con precisión lo que efectivamente ya sabemos de lo que no. Y, sobre todo, lo más relevante es reconocer que lo que pretendemos saber está siempre referido a los distintos fines que nos proponemos. Desde este punto de vista, la discusión cruza el qué y el para qué de los temas de investigación pendientes sobre la realidad peruana.

Me atrevería a dejar bosquejada una impresión sobre la que podemos y debiéramos discutir largamente. Quizás lo que nos falta más críticamente son conocimientos para la democracia. Quiero decir conocimientos para contribuir a que la fuerza turbulenta de nuestros procesos de democratización social forje personas que puedan ser de veras libres y públicamente responsables. Quizás tenemos conocimientos que responden demasiado a nuestra honesta imagen de lo que es la democracia, pero desde una racionalidad que es la nuestra o la de las otras élites nacionales o cosmopolitas con las que nos identificamos. Y el reto crucial de una *democracia peruana* se encuentra hoy en esa fisura profunda entre la gente común y las élites, así como, por supuesto, en la pluralidad contradictoria que encierra la noción de gente común. Necesitamos conocimientos que nos ayuden a la escucha.

A lo mejor, un riesgo para los profesores, para los adultos, que los jóvenes estudiantes debieran evitar sea pertenecer demasiado integralmente a un sector de élite del conocimiento y de la gestión profesional que, sin darse cuenta, se puede tornar unilateral e irritarse porque sus excelentes propuestas racionales y técnicas no son escuchadas y puestas en práctica. El problema está, entonces, en la necesidad de escucharnos más entre distintos. Este es quizás el reto más profundo de la *democracia*, aparte del peso desequilibrado de los llamados poderes de hecho, o no electos, en la vida pública. Son estos problemas que están en el centro del debate intelectual mundial los que, a su manera, emergen entonces también —aunque caóticamente— en medio del desorden, la desconfianza y las agresividades en los escenarios públicos de nuestro Perú. Tanto para los científicos socia-

les como para quienes ejercen digna y activamente su ciudadanía, la cuestión de cómo escucharnos más abarca, sin duda, muchas otras preguntas afines: *¿quién no escucha a quién? ¿Quién tiene la capacidad mayor para colocarse en el lugar del otro?* Me he permitido aludir al tema porque creo que cruza —lo repito— tanto nuestra responsabilidad intelectual y profesional como nuestra responsabilidad ciudadana.

La experiencia de la CVR, que nos puso en relación directa con ese sector del país que incluso no tiene hoy capacidad de representarse a sí mismo en la institucionalidad nacional, debiera ayudarnos a las élites de todas las esferas —ya que el problema no es solo de los políticos— a estudiar y actuar para mejorar nuestras difíciles pero apasionantes posibilidades de integración democrática. La integración autoritaria —lo sabemos— es nuestra proclividad secular, incluso sea quizás uno de nuestros gustos ocultos. Pero es también la amenaza permanente que se cierne sobre la experiencia personal de la democracia, es decir, sobre aquella dimensión de demanda de reconocimiento, que parece ser tan fuerte en el mundo posmoderno y en nuestras sociedades andinas, tan sufridas como resistentes.

Desde este punto de vista, la afirmación que acaba de hacer el Decano sobre la necesidad de un estudio y una formación científica seria en la Facultad y, particularmente, sobre la necesidad de generar investigación propia de punta son, por eso, acertadas y muy pertinentes. Nadie vendrá a investigar las particularidades, las potencialidades y desencuentros propios de nuestro país en los términos que son más relevantes para los que vivimos en él. La apuesta por la excelencia académica puede y debe ser asociada, entonces, con la búsqueda terca de la promoción de relaciones genuinamente democráticas entre los peruanos.

Además, después de la alusión de Adolfo Figueroa, me siento más libre para mencionar, en relación con el encargo recibido a mi regreso a la Facultad de organizar una futura carrera profesional en Ciencia Política, que, desde el propio terreno del análisis de las relaciones de poder estatal, la profundización de la noción de la democracia se vuelve urgente para evaluar mejor el abismo que hoy separa a políticos de ciudadanos. Como expresión de esa conciencia, recuerdo la fórmula de la feminista y politóloga norteamericana Nancy Fraser, quien sintetiza en las nociones de «redistribución y reconocimiento», el norte para responder a las mejores aspiraciones humanas contemporáneas. Los planos del análisis cultural y de las instituciones del Estado, de lo cotidiano y de las estructuras públicas, deben vincularse más si queremos que las sociedades del futuro sean algo más democráticas. Significativamente, fue mucho más que eso lo que encontramos como demanda sentida en campesinas y campesinos golpeados por la violencia en el Perú. La misma idea se repitió, en efecto, en Huancavelica y Trujillo, en dos personas que, en las audiencias de la Comisión, dijeron algo así como «ojalá podamos ser tratados como peruanos algún día» o «quizás, dentro de diez años, nos traten así».

Para terminar, citaré un ejemplo institucional y estatal. Nuestra tan mentada reforma del Estado únicamente podrá ser relevante para los peruanos, que somos tan heterogéneos, si integra eficiencia y transparencia en la gestión de la administración —que es de lo que hoy se habla más— con trato ciudadano con y entre peruanos, no solo en el campo central de los servicios públicos, sino en el conjunto de nuestra vida social. Si viviera Jorge

Basadre, quizás pudiera decir que es, en todo caso, por allí por donde parecieran residir las mejores promesas de la vida peruana contemporánea.

En la conclusión, y fuera ya de mi texto escrito original, quisiera compartir la satisfacción que me ha causado, al regresar a la Facultad, encontrar presente el mismo espíritu de búsqueda de renovación y de creatividad con la que se inició o con el que yo la encontré pocos años después de haber comenzado. En aquellos tiempos en que los jóvenes profesores que regresábamos de estudios de especialización nos confundíamos casi con los estudiantes, rondaba la idea, implícita o explícita, de que estábamos comenzando un camino cuyo norte intuíamos, pero cuyas estaciones futuras podíamos soñar más que prever. Ahora, lo principal de ese espíritu, el de estar en camino, el de querer hacer este año las cosas mejor que en los anteriores, lo he constatado expresamente en las dos reuniones de grupo amplio de profesores en las que he participado durante estas semanas en la Facultad.

Ciencias Sociales podría no ser así. La celebración de los cuarenta años que estamos comenzando, y durante la cual el Decano, el Consejo de Facultad, así como los Jefes de Departamento, compartirán con nosotros sus muy interesantes proyectos, podría estar más apaciblemente afincada en destacar lo que ya se logró. Habría razones para ello: la calidad profesional reconocida que se atribuye a los antropólogos, economistas y sociólogos que egresan de aquí o el prestigio ganado por sus profesores e investigadores. No es, sin embargo, así y, como profesor desde hace tiempo, no he podido dejar de sentir orgullo por esto. Espero, por eso, que la belleza y la capacidad de acogida de nuestro campus —pese a la disminución de sus jardines— nos empuje siempre a tomar este lugar como un oasis, mas no como un espacio de refugio cerrado, sino como una estación de preparación y de descanso para salir a avanzar siempre más lejos en el conocimiento de un país árido y riesgoso, pero cargado de fuerza y de energía vital a toda prueba.